

*En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo: «Effetá» (esto es: «ábrete»). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos».*

Jesús lleva a cabo una curación milagrosa al sanar a un hombre sordomudo. Sin embargo, más allá del milagro mismo, hay lecciones profundas que podemos extraer de este evento.

En primer lugar, notemos el contexto en el que tiene lugar este milagro. Jesús se encuentra en la región de Decápolis, en medio de una multitud que lo sigue y busca su sanación. Jesús está siempre presente en medio de nuestras necesidades más apremiantes. No importa dónde estemos o cuál sea nuestra situación, Jesús está cerca y dispuesto a escuchar nuestras súplicas.

En segundo lugar, fijémonos en la forma en que Jesús lleva a cabo la curación. Le piden a Jesús que le imponga las manos. Le dicen la manera cómo quieren que Jesús actúe. Pero Jesús actúa como Él quiere. Se lo lleva aparte, fuera de las miradas de los chismosos, y lo invita a una relación personal y exclusiva con él.

Jesús no emplea métodos complicados o ceremonias elaboradas. Simplemente toca los oídos del hombre y dice la palabra "Effatá", que significa "¡Ábrete!" en arameo. Nos enseña que el poder sanador de Jesús no conoce límites y que su palabra es suficiente para transformar nuestras vidas. Esto nos hace pensar en los Sacramentos: gestos y palabras que hace Jesús por medio de sus ministros para darnos su gracia.

Además, prestemos atención a la reacción del hombre una vez que es sanado. Marcos nos dice que "hablaba con claridad". Este detalle es significativo porque nos muestra que la curación que Jesús ofrece no solo restaura la salud física, sino que también libera nuestras lenguas para que podamos proclamar la grandeza de Dios. Nos recuerda que nuestras voces deben ser utilizadas para glorificar a Dios y testimoniar su obra en nuestras vidas.

Finalmente, fijémonos en la respuesta de la multitud ante este milagro. Marcos nos dice que "quedaron asombrados y decían: 'Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos'". Esta reacción nos invita a reconocer la grandeza de Dios en nuestras propias vidas y a proclamar sus maravillas a los demás. Nos inspira a compartir el Evangelio con aquellos que nos rodean, para que también puedan experimentar el poder transformador de Jesucristo.

La Virgen también espera que nosotros seamos testigos vivientes ante el mundo de su amor y de su misericordia para con nosotros.